

largueza, y se apresuran a aceptar su renuncia sin la menor excitativa, sin la menor protesta de consideración a quien ayudó a construir en el país la fábrica armoniosa del Derecho y la casa de la Justicia.

Lo que el doctor Zambrana es, no hay necesidad de decirlo. Sus méritos resplandecen por todas partes y los servicios que a su esclarecida inteligencia y a su generoso empeño debe Costa Rica no los ignora nadie. Todo el mundo sabe que su verbo maravilloso es el clarín de oro que ha anunciado aquí las más nobles evoluciones del espíritu, las más admirables reformas de la legislatura, las más altas empresas del foro y de la prensa. Todo el mundo sabe que el doctor Zambrana ha operado en la República el milagro que dice el Génesis realizó la mano de Dios en las tinieblas del caos: Hacer la luz, dando a las inteligencias el obsequio de las nuevas ideas filosóficas, los nuevos credos estéticos, las nuevas orientaciones de la ciencia jurídica, y despidiendo con su pluma en el periódico, como la antigua Palas con su lanza, los mejores destellos que han iluminado el pensamiento patrio. Todo el mundo sabe que el doctor ha hecho más que el preceptor de que nos habla Horacio: ha sido la fragua donde se templaron los aceros juveniles para las batallas de la idea y al mismo tiempo una espada atrevida e inquieta en lucha contra todos los prejuicios y contra todas las injusticias. Todo el mundo sabe también que el doctor ha sido un pródigo. Pródigo de dos cosas: talento y corazón. Lo primero no lo deben olvidar sus mismos malquerientes de hoy, que ayer en los bancos de la Escuela, en la hoja periódica, en la tribuna, recibieron sus enseñanzas y ahora en pago de este beneficio ofrecen a su viejo

mentor las irritables descortesías de su ingratitud y los ridículos desvaríos de sus pasioncillas. Lo segundo lo saben cuantos han tenido necesidad en alguna ocasión de apoyos y estímulos. Su caridad es proverbial: los mendigos de esta ciudad lo pueden decir mejor que yo. Acaso ellos sean más agradecidos y nobles que muchos de los que campean en el tinglado de la política.

Maestro: cuando llegasteis por primera vez a Costa Rica traíais, ha dicho uno de vuestros discípulos, tres prestigios: la palabra, la juventud y el destierro. Hoy que pensáis dejarnos no lleváis sino el recuerdo todavía vibrante de una palabra elocuente y pintoresca, y las reminiscencia de una juventud gallarda e ilustre; el destierro es apenas un timbre lejano de gloria: lo habíais conquistado peleando por la libertad de vuestra patria. Pero si alguien os pregunta en otras tierras cómo habéis empleado esos privilegios, decid con orgullo: «Puse mi palabra al servicio de un pueblo, dediqué mi juventud en provecho de una nación, y ahora, después de magnífica labor, he salido de ella tan pobre como entré. Nunca quise traficar con los hechizos de mi talento ni con los sentimientos de mi ánimo. Milité siempre en la causa de la Verdad, del Bien y la Belleza, diosas para las cuales nunca tuvo «mi corazón más de veinte años». Más afortunado que los repúblicos de Atenas el odio de algunos no podrá decretar mi destierro del corazón de los costarricenses».

Ellos, saben, Maestro, que después del sol sois vos quien ha alumbrado más en Costa Rica, y no lo olvidarán jamás a despecho del tiempo y a pesar de los rencores personales y de la chatura intelectual de ciertos políticos de pacotilla. Os acompaña la simpatía de todo un pueblo.

## **“MUNDIAL” y “ELEGANCIAS”**

**son las dos más interesantes revistas que se publican en español.**

**Pídalas en la librería LECTURA BARATA.**